

BOCETO PARA UNA SÍNTESIS DEL SIGNIFICATIVO GEOGRÁFICO  
HISTÓRICO DE LA PENÍNSULA IBÉRICA





# Boceto para una Síntesis del significativo Geográfico Histórico de la Península Ibérica

---

## I

### LAS CONDICIONES NATURALES

«Lo más permanente y el hecho más trascendental de nuestra historia es el que se atribuye a Hércules cuando vino y nos separó de África.»—GANIVET.

#### RASGOS GENERALES

Tópico es, en el conocimiento de nuestro suelo, la gran diferenciación entre las dos partes peninsulares que separa la línea, ya señalada por Brunhes: la Iberia húmeda y la Iberia seca; y secuela de este contraste, al que contribuyen la situación y el relieve, la diversidad de países y regiones, que componen el complejo mundo ibérico.

Situada entre el Mediterráneo y el Atlántico, y enlace occidental del antiguo continente eurásico-africano, nuestra Península es un resumen de todos los caracteres geográficos.

Así ha podido decirse que tres viajeros que recorriesen la Península, uno por la región atlántica o cantábrica, otro por el litoral mediterráneo y otro por las mesetas interiores se crearían respectivamente en la Europa Occidental, en Grecia, Italia, Marruecos o en Rusia o Tartaria.

Lenta y laboriosa, la constitución del macizo ibérico, las varias formaciones geológicas dejaron en él sus huellas; las diversas composiciones del suelo, sus muestras efectivas; y los distintos alzamientos sus encontradas direcciones.

supremo, publicó *El látigo* para fustigar con toda la dureza que merecían a los falsos y desleales amigos.

Y Julio Valdelomar, postrado en el lecho, en los instantes de lucidez mental que le dejaba la fiebre, vertía sobre las cuartillas toda la hiel que destilaba su corazón, escribía sátiras menos sangrientas que las heridas de su alma y llenaba con ellas las pequeñas columnas de *El látigo* que era algo así como el estertor horrible de un moribundo víctima de las tremendas injusticias sociales.

Además de los periódicos de los distintos géneros y características hasta aquí anotados ha habido en Córdoba otras muchas publicaciones de diversa índole: jurídicas, médicas, de ciencias sociales y de instrucción pública; órganos de sociedades científicas, literarias, comerciales, industriales, agrícolas y obreras; revistas de espectáculos, de propaganda protestante y masónica y hasta una de espiritismo.

La prensa local de todos los matices siempre consignó a la cabeza de su programa la defensa de los intereses morales y materiales de Córdoba y en pro de ellos sostuvo laudables campañas, a algunas de las cuales debe mejoras importantísimas nuestra población.

También fueron los periódicos citados y otros muchos palenques donde se sostuvieron, además de las inevitables controversias originadas por la política, diversas polémicas científicas y literarias, algunas verdaderamente notables por las personas que intervinieron en ellas.

Citaré la tenida por el eximio cronista don Francisco de Borja Pavón y el sabio Magistral de esta Santa Iglesia Catedral don Manuel González Francés acerca de la ciudad donde naciera San Lorenzo y la iniciada por el erudito arqueólogo don Rafael Romero Barros sobre la importancia arquitectónica de la derruida casa de los Bañuelos, polémica en la que intervinieron escritores tan prestigiosos como Pavón, Ramírez de Arellano, González Ruano y otros. Ambas se suscitaron en las columnas del *Diario de Córdoba*.

También considero digna de ser mencionada la discusión que mantuvieron Menéndez Pidal desde *La Lealtad* y los hermanos Valdelomar desde *El Adalid* respecto a si la palabra tijera debía escribirse con ge o con jota, en la que los polemistas demostraron la gracia y el ingenio, especialmente Pidal, pues defendía a sabiendas un error por no confesar que se había equivocado.

El Sur ibérico, como su semejante el Norte africano, próngase submarinamente, aflorando, de las aguas, en los archipiélagos balear y canario.

## LAS LLUVIAS

Atacan a la Península los mínimos del Atlántico llevando, a lo largo de su correspondiente zona costera, y de los valles inferiores del Tajo, Guadiana y Guadalquivir, el marino riego.

Las condensaciones mediterráneas descargan, en Levante, el más caprichoso e irregular régimen de lluvias equinocciales.

Unos y otras agotan el caudal de agua en penosas ascensiones o en largas correrías, y cuando llegan al centro peninsular van exhaustas de beneficio.

Así, pues, mientras el Noroeste y el Norte ibéricos mantienen una humedad de todo el año, atemperada por la Corriente del Golfo, el Este y el Sur tienen un régimen mediterráneo y en el Centro reina un clima seco continental,

## LA HIDROGRAFÍA

El agua que tan desigualmente cae, tan distintamente se reparte obedeciendo a las leyes del terreno y del clima, formando las cuencas, y vertiendo en los mares.

Aunque no en el detalle particularista, pues sabido es que las cimas de altura no constituyen siempre las divisorias de aguas, sin embargo en una visión de conjunto, el del general aspecto del relieve ibérico, marca, con la red de aguas, las grandes regiones que llegan a denominar la Historia.

## LAS GRANDES REGIONES

La región pirenaica-septentrional; la región del Duero; la submeseta inferior; el valle del Guadalquivir; el del Ebro; Cataluña; la región levantina; la región meridional... y—según Reclus Portugal; son porciones de grandes rasgos, geográficos e históricos, en el suelo ibérico.

Mirando al Norte de la Península, toda la cordillera pirenaica-cantábrica y galaica-insitana, señala como un enorme reducto natural, alzado frente a mar y tierra, cuyos arribos, por uno y otra, son difíciles; determinando una amplia zona de refugio,

defensa y aislamiento, que solamente en su mitad, la depresión vasca, se abajan a la comunicación. La altura y la humedad la hacen una región de nieves, de bosques y prados con multitud de fuentes.

La cuenca del Ebro la percibimos como un extenso circo cerrado, con pasos muy difíciles para las nubes que, efectivamente, visitan poco su interior, donde escasamente llueve. Es una región soleada y seca.

La amplia meseta central, verdadero núcleo de la Península, está dividida, por los sistemas de Guadarrama, Gredos y Gata, en dos porciones; una, más elevada, al Norte, cuyas aguas, recoge un solo río, el Duero, que rompe montañoso macizo a su Oeste, para buscar el mar; y otra, inferior, en que la dura cresta oretana forma las cuencas del Tajo y del Guadiana, de más fácil vertiente al Occéano. Las nubes también arriban con dificultad a estas regiones, estableciéndose, en el centro de la llanura leonesa, un mínimo pluviométrico como, igualmente, en la desecada región manchega.

La cuenca del Guadalquivir es como un compendio de este resumen de caracteres geográficos, que es la Península Ibérica.

Y el litoral mediterráneo que posee, desde caracteres de región húmeda, en la catalana, hasta el tropical en el mediodía, con el tipo desértico del oasis levantino.

Dentro de estas fundamentales variantes, existen subtipos, pues el carácter general, que todos los geógrafos señalan a la Península Ibérica, como lugar de transición en los distintos aspectos de clima, vegetación, etc., se dan reducidos hasta el mínimo.

Y así tenemos, entre el paisaje siempre humedecido y verde de Asturias o Galicia, donde los tonos calientes del amarillo o el rojo casi no existen, sino en las manchas de sus apacibles bovinos, y la desolación de los páramos leoneses, el alto valle del Bierzo, como una miniatura topográfica de la gran cuenca del Duero. Y entre las suaves ondulaciones vascas, con los caracteres cantábricos, y las estepas aragonesas, la fértil Rioja.

Contrastes como los de las dos vertientes del sistema central, donde, al Norte, están los páramos huraños, místicos de Avila, y, al Mediodía las manchas feraces del Guadarrama y las zonas bellísimas y abrigadas de Gredos, una «Suiza española» donde crece la palmera, y tan «inédita» a la visita del turismo, como su semejante de las Alpujarras.

Y el borde oriental de la meseta, donde basta ir unos kilómetros al interior, para pasar, del tupido tapiz de las huertas o del coto umbroso del oasis, a la estepa de las plantas halófilas y del esparto.

O por fin Andalucía, con la mancha gris de la meseta a un lado, la flora boreal, y hasta la alpina, al otro, y la llanura en el centro, cálida y lo suficiente húmeda, para hacerla el jardín que ya encantaba a los primeros visitantes de los pueblos clásicos.

---

II

## LA VIDA HUMANA EN LA PENÍNSULA

«Solo una universalidad geográfica y étnica, es capaz de dar frutos de civilización»—J. VASCONCELOS.

### LA LEYENDA Y LA PREHISTORIA

A esa rica variedad, de aspectos geográficos, que dejamos, ligerísimamente, esbozada, se junta una contribución, no menos espléndida, para nuestra raza peninsular.

Sin necesidad de descender a confundibles detalles antropológicos, viendo en amplio conjunto, nuestra prehistoria, es ya indudable que la Península fué región pobladísima por razas civilizadas, cuyos rastros industriales se encuentran ya en todo el «paleolítico inferior» hasta el «musteriense», que no falta en ningún sitio de España. Estos materiales, típicos en el Norte de Africa, pasaron de aquí, y por nuestra Península a Europa.

Desde los coetáneos periodos «auriñaciense» europeo, y «capsiense» africano, la Península Ibérica fué lugar de tránsitos y cruces donde se fundieron los dos flujos, el de mediodía, más antiguo y el nuevo septentrional.

Iberia fué nexos de dos civilizaciones, quizá de dos misiones históricas, «en cumplimiento de los decretos de la Geografía que la nombró mediadora entre dos continentes», como escribe Gonzalo de Reparaz.

¿Serían esas culturas ibero-africanas resultados de la civilización «lemuriana», como un leve vestigio antropológico, en esa raza negroide, pretendidamente clasificada «raza de Grimaldi» por R. Verneau?

Llegamos a un periodo de leyendas donde está la Atlántida platónica; con su civilización roja, cristalizada, hundida por el gigantesco alumbramiento alpino-himalayo, en una titánica noche de la que había de ser hijo el Guadalquivir.

## LA PRIMERA HISTORIA

Y era ya el de «la cabeza de plata»—Strabon—cuando los romanos le denominaron Betis.

Ya habían llegado, los traficantes fenicios y los colonos griegos, a las remotas costas de nuestra Iberia, como a una primera y occidental América; ya había existido la legendaria lucha entre el tartesio «rey de la plata» y los insaciables mercaderes; y ya habían los cartagineses, dominadores de la costa y la raza gemelas a las nuestras, influenciado el interior de Iberia.

La península fué de nuevo, teatro de choque de dos civilizaciones, de Norte y de Sur; la mercantilista de los herederos de la hegemonía fenicia en el Mediterráneo, y la agraria de los que, ya en contacto con ella, habían de heredar la cultura griega.

Quedaron los últimos vencedores y nuestra civilización por tanto greco-romana.

Y por aquel espíritu, por el cual «Dios inspiró a los romanos la sabiduría del gobierno o ciencia con cuyo auxilio conquistaron el mundo» y que hizo de Roma la ciudad verdaderamente imperial, según Santo Tomás, quedamos conquistados nosotros.

Sobre la innúmera variedad de tribus regionales, los romanos nos infundieron nuestra forma sustancial, con la mezcla de su sangre, su idioma, su, hasta entonces, insospechada ley.

¡Qué semejante, a lo que, siglos después, habíamos de ser nosotros en América, sus soldados, sus historiadores, su arte, sus luchas!...

Toda la región oriental—apoyo sólido de los conquistadores, por su precedente helenista—fué emporio de cultura, no sólo

del espíritu sino de la tierra; empezando en la Edetania, probablemente, el régimen de la especial agricultura levantina.

La pacífica Bética, ubérrima, comunicaba con la espléndida región de la actual Extremadura, donde se asentó la más populosa de nuestras ciudades romanas en una rica comarca que, por la vía de ese actual «camino de la plata», iba desde Salamanca hasta la «César Augusta».

Aquel mosaico de tribus, que constituía nuestro fondo de población, fué quedando engarzado en la red civilizadora de «calzadas» y «castros»; y como expresa Oliveira Martins, de aquel cruce de soldados romanos con mujeres indígenas se fué formando una nueva clase, latinos, pero sin derechos ciudadanía americana, siendo también, como expresa Salcedo Ruiz, tan extemporáneo envanecernos hoy con los gestos heroicos de Numancia o Astapa, como los mejicanos actuales con Quauhtemoc contra los españoles.

Siempre los pueblos del duro mar Cantábrico y los Pirineos, quedaban, como guarecidos, en sus oquedades; y si el mismo Augusto tiene que venir a someter a los cántabros, se cuenta que los misteriosos vascos jamás lo fueron, ni aun después por visigodos ni árabes.

Pero la Hispania romana fué ya provincia «nutrix», que surtía de trigo y de vinos, prioratos y jerezanos, a la gran Metrópoli.

Y como una confirmación de Gavinet escribe Oliveira: «la ocupación romana desprendió a España de Africa hacia Europa, hizo de un pueblo semi-bárbaro y casi nómada como su hermano de las costas fronteras al Sur, una nación en el sentido europeo de la palabra». Es decir, Roma fué para nosotros un nuevo e histórico Hércules.

## LA SEGUNDA HISTORIA

Rota la unidad romana, y como fruto de su organización, empezamos a formar la nuestra.

El espíritu propio, ya en periodo gestativo, rechaza la extranjera ingerencia bárbara, con la que jamás llega a identificarse en la época visigoda, apesar de los intentos, religioso y legislativo de asemejanza.

Y nuestra constante aspiración, como la de los otros núcleos cristiano-romanos de Europa, es la de restaurarnos en la idea que quedaba del Imperio.

Pero la Historia no repite sus capítulos y, hubo de ser contra la fuerza expansionaria islámica, que nuestro carácter peninsular se troquelara.

Nuevamente, y por su situación geográfica, la Península Ibérica «el paraíso de Dios» había de ser lugar de lucha entre Europa y Africa, y de aquella saldría ya «la fisonomía de España cuya civilización, en efecto, parece surgir de la combinación del genio de dos razas, productoras de un tipo distinto de ambas». (Oliveira Martins).

Distintas aquellas dos en sustancia, buscamos nuestro apoyo en las culturas europeas hermanas; lo que inicia ya Sancho el Mayor de Navarra y que su hijo, Fernando I, su nieto Alfonso VI y su tataranieta Alfonso VII, continuaran.

Y así, propiamente, fuimos saliendo a nuestra Historia, sin negar empero, que los árabes nos reservaron las letras clásicas tomadas en Alejandría—que provocaron nuestra exaltación religiosa, que introdujeron cultivos y mejoras en la tierra, como en Levante y sobre todo en el valle del Guadalquivir, su *Río Grande*—todavía hoy lo pronuncia así el pueblo en sus orillas—in-interrumpido lugar de habitación y actividad humanas, que pudo ser enlace de los dos mundos medioevales, con la Córdoba califal, sustituyendo a Roma, como expresa Gonzalo de Reparaz.

## LA GEOGRAFÍA Y LA HISTORIA DE ESPAÑA

«La reconquista—escribe García de Miranda—es una guerra geográfica».

Y, a semejanza del territorio, la Historia de España, tiene su aparición por el Norte peninsular; y en ese enorme reducto, que antes hemos dejado dicho, son sincrónicos gérmenes histórico-regionales, Asturias, Aragón, Cataluña, Navarra.

Pronto Galicia, libre de la invasión, queda adormecida, envuelta en el sudario de su clima; Asturias, con la leyenda de su Santuario, aislada frente al bravo mar; los rincones pirenaicos inaccesibles, y aún hoy con caracteres medioevos.

Hijo de Asturias, Leon se unirá con la llana Castilla para formar el centro grave, austero, heroico y místico nacional, que irá sembrando, en la secular cruzada, los castillos y los monas-

terios; batiéndose entre el cilicio y la oración, ganando su martirizado territorio, palmo a palmo, hasta el Duero, hasta el Guadarrama... y que, no teniendo ya bastante, forma, en avanzada, una nueva Castilla.

Es un postrer duelo entre arios y semitas, entre Europa y Africa.

En él por la cuenca del Ebro, Aragón gana a Zaragoza; por la del Gallego a Huesca; y por las del Jiloca y Guadalupe a Teruel. El Rey Santo castellano, se apodera de las ciudades del valle andaluz, mientras que el gran Conquistador aragonés, lo hace, definitivamente, de Valencia. Quedan, de última, Murcia y el reino de Granada; existe la disputa del glorioso remate, pero, puesto que también «la reconquista es el predominio de la meseta», aquél será de empresa castellana.

Entretanto Portugal, nacido por donación de Castilla, ha hecho posible su independencia, tras el escudo de su macizo septentrional, y realiza, paralela y anticipadamente, su reconquista.

Y como Roma, después de constituir su unidad peninsular, salió a la expansión Mediterránea; el pueblo ibérico se lanza ahora fuera de su recinto, en un ansia marina, que le hace bordear el Africa, y llegar, por el ignoto «mar tenebroso», hasta dar con aquellos restos continentales, que separó el último gran cataclismo geológico, y que «por Castilla y por León, Nuevo Mundo halló Colón».

La raza hispana emprendía su histórica misión, ingresando, en el concierto civilizador, todas las regiones del Mundo, en vez primera por ella también rodeado.

## LA UNIDAD ESPAÑOLA

Fundidas, políticamente—como un acatamiento a la Geología—las partes peninsulares al centro histórico, Castilla, quedó siendo la señora a quien se rendía homenaje.

Las viejas ciudades de real abolengo, León, Burgos, Avila, Segovia, Zamora, eran centros de atraktividad humana, emporios industriales; y el tráfico, en el interior castellano, era tan considerable, que a Medina de Rioseco se la nombraba «la India chica».

Empero, el resultado de las malogradas tentativas de los Reyes Católicos—el sueño, por un momento acariciado en el prín-

cipe don Miguel, de la integridad ibérica—llevó a España por derroteros en los que fué su verdugo «el peso de tu corona».

El «austracismo», como un virus para nuestra nacionalidad, y la ruta americana, a que se lanzó lo más fuerte de la nación, contribuían a disgregarnos nuevamente.

Parecía esto irremediable; porque apesar de la fórmula de Carlos V: «la capital en Lisboa sería la conservación, en Madrid es la pérdida de Portugal», su hijo no se atrevió luego a realizarla previendo quizás mayores males.

Galicia, tan semejante a Bretaña, a Escocia y a Noruega, dirigió inmediatamente el exceso de su acumulada vitalidad hacia América; Asturias permanecía en su secular aislamiento, encastillada, hasta el asalto de la moderna industria; Santander era la única salida, al Norte, castellana; las provincias vascas Navarra, Aragón y Cataluña pretendían la separación, por sus fueros, más aún que lo estaban por sus tierras agrias; Extremadura se despobló, en la compañía de los esforzados conquistadores del Nuevo Mundo, y sus campos fueron sumidos en la ganadería bárbara. Sevilla fué la más populosa ciudad de España, con el prestigio de su renacimiento y de su comercio con América; lugar para todo lo conocido en el mundo; cabeza de una espléndida región, donde Jerez de la Frontera era también mayor que Barcelona.

La periferia ibérica, liberada, y abiertos los caminos del mar, volvía la espalda al centro. Pero la capital ascética de Felipe II veló porque el viejo solar castellano no se redujera a un osario glorioso, separante, quizás, de pequeñas nacionalidades como las balcánicas, toda vez que—como escribe Oliveira Martins—«la orografía, la geología, la geografía, hacen de Madrid el corazón de España».

Y así Castilla, la heroica sitiada, sin ventajas de riquezas naturales, pero recia y moral, continuaba la empresa de la idea de Patria, por ella formada; grande y prolongada como sus sequías, y, sobre la infinitud del horizonte de sus parameras, proyectada.



### III

## LA CIVILIZACIÓN IBÉRICA

«Lo propio del concepto de civilización es ser un ideal de vida, según el cual calificamos la de cada momento histórico»

R. ALTAMIRA.

España no fué—en su momento histórico—la forjada en la «leyenda negra» por ingleses, holandeses, franceses y belgas, ávidos de provechos, o molestos por nuestra hegemonía dinástica.

En América, la obra española no fué la de un mero comercio, sino de importación, de cultura y fusión de raza.

La geografía y la historia, nos depararon allí una lucha titánica y desafortunada; pero si no pudimos, por ello, levantar un vistoso edificio, quedaron, profundas bases, para un espléndido futuro, asentadas.

Porque, ni hicimos, aquí con Portugal, lo que Inglaterra con Irlanda, en el siglo xvii, ni allá exterminamos, como se dice, las razas.

Por ello los dos estados ibéricos «vecinos en la Península, con las mismas producciones, y vecinos en el Nuevo Mundo, con la misma misión que cumplir», hermanos de raza y profesión, que dice Oliveira, parecen tener esos «derechos nuevos y esperanza de una misión sin precedente en la Historia» de la cosmogonía de Vasconcellos ya por Humbolt sospechada.

### LA NUEVA RECONQUISTA

La reconquista, por el trabajo de esas regiones desoladas de la Violada, las Bardenas, los Monegros por donde corren, infecundas, al Ebro las aguas pirenaicas; la de la ardorosa Mancha, donde igual que las plantas desarrollan sus intintos preservantes de la evaporación, en las exhalaciones aromáticas, las aguas, parecen querer evitarla filtrándose subterráneas, pero a

tan escasa profundidad que basta excavar dos o tres metros para alumbrarlas en abundancia, según expresa Cortázar; el mismo grito de angustia del Sr. Senador Gómez, en «Castilla en Escombros» por donde El Duero pasa...

Todos los ríos españoles, carecen de aprovechamiento para riego y fuerza, de que poseemos enorme caudal de «hulla blanca».

En nuestra inexplorada riqueza minera; la dificultosa distribución de los carbones asturianos—en vías al parecer de ser en algo remediada—y la de las cuencas anteriores, una y otras por la mala condición de las comunicaciones.

La dificultad por esto, y por otras y muy diversas causas, empresas extranjeras, faltas de iniciativa en el capital, de tecnicismo, de cultura, en una palabra, con que tropieza el desarrollo de nuestra industria.

## EL PORVENIR IBÉRICO

La Península Ibérica tiene un espléndido porvenir geográfico. Dos grandes capitales abiertas al mar de la nueva civilización. Lisboa y Sevilla, con dos bien provistos puertos que recogen el tráfico.

La antigua Hispalis tiene un futuro insospechado, cuando todo el Norte africano entre en civilización, como ruta general a la América española. Barcelona y Valencia quedan vueltas al viejo mar latino, mientras Zaragoza se levantará gran Metrópoli regional, y Madrid conservará el calor castizo del solar hispano. España puede aspirar, holgadamente, a contener dos veces más, el número de sus actuales habitantes.

La Historia puede reservarnos un espléndido futuro en el ejercicio de la hegemonía étnica y civilizadora, que nos proporcionan los jóvenes países ibero-americanos.

Los dos tipos de civilización, que han formado el Nuevo Mundo y que, según Vasconcellos, mantienen la dualidad empezada en los desastres de nuestras «Invencibles» y seguida en Trafalgar, Santiago de Cuba y Manila, tienen misiones distintas.

Una es el progreso de la utilidad, conseguido, de la fácil manera para que parece constituída la raza inglesa, en esa fábula de riquezas que es Norte-América.

Pero «porque hoy Inglaterra, harta y rica, vea en su opulencia la apoteosis de su historia, no vamos a inclinar todos la cabeza ante el culto de la utilidad práctica y a condenar

«nuestro genio, con él fuimos también ricos y más nobles aún» (Oliveira Martins).

Ni porque el rápido desarrollo económico de los Estados Unidos norte-americanos, los convierta en potencia absorbente e imperialista, les vamos a ofrendar, como un holocausto, nuestra digna pobreza.

El sentido negociante del sajón, el del hombre de Inglaterra, a quien solo «se le enseña a empujar», lo que, según el mismo Wells, constituye «la suprema degradación de la cultura», no será único en el mundo.

El tronco peninsular ibérico, y sus pujantes brotes de naciones hispano-americanas, constituirán un nuevo y más amplio ideal de nuestra civilización.

OCTAVIO NOGALES

